robert louis STEVENSON

Habría que prohibir a los niños la lectura de Robert Louis Stevenson, y proponerles en cambio la de Georges Bataille o Anaïs Nin: de estos tres autores, no hay duda de cuáles escribieron literatura infantil, vale decir libros obsesionados por las heces y las perversiones, pletóricos del sadismo y la estupidez que reinan en el patio de cualquier colegio primario. Si se tomara una medida así, los mayores de dieciocho años podrían disfrutar de las sutilezas argumentales de *La isla del tesoro* (1883) o comprender que *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886) no es sólo un excelente relato, sino lo mejor que se ha escrito sobre la homosexualidad masculina en la época victoriana: podrían darse cuenta de que las buenas historias y las frases perfectas son mucho más "transgresoras" que *Delta de Venus* o *Madame Edwarda*, porque aquello que desnudan es la insuficiencia del mundo.

Stevenson nació en Edimburgo en 1850. Entre su padre, ingeniero y constructor de faros, y su querida nodriza Cummy, una fanática religiosa, se las arreglaron para arruinarle la vida hasta que conoció a la norteamericana Fanny Osbourne, que lo manipulaba pero también lo hacía feliz. En 1888, la tuberculosis lo empujó hacia el Pacífico Sur, donde se estableció en la isla de Upolo (Samoa). Cuenta la leyenda que los nativos lo llamaban "Tusitala" (contador de historias), y si de veras fue así los nativos no descubrieron nada que no supieran sus admiradores occidentales de la época, como Rudyard Kipling y Henry James. Quien desee leer hoy al maestro y modelo de narradores, al Tusitala que murió en 1894 y no ha sido reemplazado desde entonces, hará bien en olvidar sus prejuicios sobre la literatura infantil. El relato "La playa de Falesá" (1893), la nouvelle *Marea baja* (1894) y la inconclusa novela *Weir of Hermiston* (1894) son una buena introducción al adulto placer de Stevenson.

Por Robert Louis Stevenson

carta a un

que se propone abrazar la

Con la seductora franqueza de la juventud me plantea un asunto de alguna importancia para usted y (cabe pensarlo) de cierta trascendencia para la humanidad: ¿Ha de convertirse o no en artista? Es algo que usted debe decidir por sí mismo; todo lo que puedo hacer es llamar su atención sobre algunos aspectos que debe tener en cuenta; comenzaré, pues (y es probable que igual termine), asegurándole que todo depende de la vocación.

Saber lo que se quiere es el comienzo de la sabiduría y de la madurez. La juventud es absolutamente experimental. La esencia y el encanto de esa inquieta y deliciosa época es la ignorancia de uno mismo y de la vida. Estas dos incógnitas las aúna el joven una y otra vez, ya en el abrazo amargo, ya en el roce ligero; con un placer exquisito o con un dolor agudo; jamás con indiferencia (la cual le es absolutamente ajena), ni con ese sentimiento hermano de la indiferencia, la aceptación. Si se trata de un joven sensible o de uno fácilmente excitable, el interés de los experimentos excederá con mucho los placeres que de ellos pueda derivar. Aunque pueda creerlo, no es la verdad la que ama, ni el placer lo que busca; su propósito y recompensa será verificar su propia existencia y saborear la variedad del destino humano. Para él, antes de que la cuchilla de la curiosidad se adormezca, todo lo que no es vida y búsqueda apremiante de experiencias ofrece una imagen árida que difícilmente evocará en épocas posteriores, y en caso de que hubiese alguna excepción –y el destino juega aquí su papel– se tratará de aquellos momentos en que, cansado o estragado de la actividad primaria de los sentidos, revive en la memoria la imagen de las penas y los placeres pasados. De esta suerte, se aparta de las profesiones rutinarias y se inclina insensiblemente hacia la carrera del arte que consiste solamente en saborear y recordar la experiencia.

Esto, que no es tanto vocación por el arte cuanto impaciencia hacia las otras profesiones honradas, frecuentemente se presenta aislado; y siendo así, se va borrando sin asperezas en el curso de los años. Enfáticamente no debe considerársela como una vocación, pues no es una vocación, sólo una tentación, y cuando, hace días, desaprobó su padre, en forma tan violenta y (en mi opinión) con tanta razón su ambición, no es demasiado improbable que estuviera recordando un pasaje similar de su propia experiencia. Pues la tentación es tan común como rara la vocación. Además, tenemos vocaciones imperfectas. Tenemos hombres cuyas mentes están ligadas, no tanto a un arte en particular, como al *ars artium*, base común de toda labor creativa; hombres que ahora se entregan a la pintura, luego al contrapunto y que pronto se ocuparán en escribir un soneto; todo lo cual realizan con igual interés y a menudo con genuino conocimiento; y de estos temperamentos, cuando sobresalen, me resulta difícil hablar. A alguien así le aconsejaría dedicarse a las letras, pues en literatura (cuya red es tan vasta) toda esta información puede hacerse útil, y si continúa en forma semejante a como ha comenzado, y se convierte al cabo en crítico, estará ya en posesión de las herramientas necesarias. Llegamos, por último, a las vocaciones que son a la vez decisivas y precisas; al hombre que lleva en las venas el amor por los pigmentos, la pasión por el dibujo, el talento para la música o el impulso de crear mediante palabras, de igual modo que otros (o acaso los mismos), nacen con el amor por la caza, el mar, los caballos o el torno. Estos son los predestinados; si un hombre ama su oficio, independientemente de cualquier consideración respecto de la fama o el éxito, los dioses lo han escogido. Puede poseer también una vocación más general; sentir gusto por todas las artes, y creo que a menudo así sucede; pero la marca de su llamado se halla en esa laboriosa parcialidad por una de ellas, en el inextinguible entusiasmo por los logros técnicos, y (quizás esto sea lo más importante) en la candorosa actitud con que acomete su insignificante empresa con una gravedad que envidiaría quien cuidara de un imperio, y en el considerar valiosos el tiempo y la diligencia invertidos para alcanzar las menores destrezas. El libro, la estatua, la sonata deben realizarse con la insensata buena fe y el incansable espíritu de los niños que juegan. ¿Merece la pena? Cuando el artista se hace esta pregunta, la respuesta negativa está implícita en ella. No le sucede así al niño que juega a ser un pirata en el sofá de la sala, ni al cazador que persigue su presa; y el candor del uno y el ardor del otro deben fundirse en el corazón del artista.

> "La conciencia de hasta qué punto el artista es (y debe ser) juez de sí mismo, corrompe los cerebros mediocres"

Si reconoce en usted algunas de estas decisivas inclinaciones, no hay lugar a la vacilación: sométase a ellas; y observe (pues no deseo desalentarlo demasiado) que la disposición normalmente no se presenta tan clara al comienzo, o al menos no de modo constante. El hábito y la práctica afilan el talento; la necesidad de adquirir herramientas se hace menos desagradable, y llega incluso con el paso de los años a ser bienvenida; una inclinación moderada (si es genuina) se convierte en una pasión exclusiva. Por ahora será suficiente si al volver la vista en un intervalo razonable de tiempo, ve que el arte escogido significa ahora un poco más de lo que significara entre los multitudinarios intereses de la juventud. Con un poco de devoción, el tiempo hará el resto; pronto, cada pensamiento engrosará la ocupación amada.

Pero aun con devoción, usted me recordará, aun con perseverancia en la actividad, miles de artistas consumen su vida, si consideramos los resultados totalmente en vano: miles de artistas y ni siquiera una obra de arte. Tenga en cuenta que la vasta masa de la humanidad es incapaz de hacer algo relativamente bien, y entre otras cosas, arte. El artista inútil seguramente no sería un panadero completamente incompetente; y el artista, incluso si no divierte al público, se divierte a sí mismo; de modo que siempre habrá un hombre que es ahora más feliz gracias a sus vigilias. Este es el lado práctico del arte: la inexpugnable fortaleza para el ejercitante sincero. Las retribuciones directas (los salarios del oficio) son exiguas, pero las indirectas (los salarios de la vida) son incalculables. Ningún otro oficio ofrece al hombre su pan de cada día en términos tan espléndidos. El soldado y el explorador tienen momentos de mayor excitación, pero a costa de duras penalidades y de períodos de tedio que hacen enmudecer. En la vida del artista no tiene por qué haber horas en las que no se experimente su deleite. Tomo por ejemplo al autor con cuya carrera estoy más familiarizado: es cierto que trabaja con un material rebelde, y que el arte de la escritura pone a prueba los ojos y el temperamento; pero obsérvese en su estudio, cuando los temas bullen en su mente y las palabras no escasean: ¡En qué continua serie de pequeños éxitos pasa su tiempo! ¡Con qué sentimiento de poder (como si de mover montañas se tratara) agrupa a sus personajes menores! ¡Con qué placer, tanto de la vista como del oído, ve crecer la etérea construcción sobre la página! ¡Y cómo trabaja en un oficio hacia el cual la materia misma de su vida es tributaria, un oficio que abre puertas a todos sus gustos, sus amores, sus odios, sus convicciones, de modo que lo que escribe es sólo lo que ansiaba expresar! Es posible que haya gozado con muchas cosas en este enorme y trágico escenario del mundo; ¿pero, qué habrá gozado más plenamente que una mañana de trabajo exitoso? Supongamos que está pésimamente remunerado, lo que asombra es que se lo remunere. Otros hombres pagan, y con largueza, por placeres menos deseables.

Pero el ejercicio del arte no sólo reporta placer. Trae consigo, además, una admirable disciplina; pues el trabajo del artista se basa en el honor. El público sabe poco o ignora completamente esos méritos en busca de los cuales usted está condenado a invertir la mayor parte de sus esfuerzos. Méritos de concepción, de vigor, o un cierto logro fácil que un hombre de temperamento artístico alcanza fácilmente, son los que el público reconoce y valora. Pero hacia aquellos más exquisitos refinamientos de destreza y matiz que el artista tan ardientemente desea y tan agudamente siente, por los que (en las vigorosas palabras de Balzac) lucha como un minero sepultado en un derrumbe, por los que, día tras día, recompone, revisa y rechaza, la gran masa del público está completamente ciega. A estas penalidades ignoradas, en el caso de que se logren las más altas cimas, probablemente la posterioridad hará justicia. A la sombra de este pensamiento, helado, solo en su estudio, el artista debe día tras día ser fiel a su ideal. Es ésta la fidelidad que ennoblece su vida; es debido a ella que templa y madura su carácter; gracias a ella que la adusta presencia del gran emperador se tornó (siquiera por un momento) condescendiente hacia los seguidores de Apolo y aquella voz enérgica pidió al artista que festejara su arte.

Llegados a este punto, conviene hacer dos advertencias. Primera, si usted desea continuar siendo su propio juez, debe estar atento a las primeras señales de pereza. Este idealismo, esta honestidad sólo puede sustentarse mediante un esfuerzo perpetuo; el nivel de exigencia se rebaja con facilidad: el artista que dice "así está bien", ya está en el sendero erróneo. Tres o cuatro éxitos mediocres son suficientes a veces (sobre todo en épocas difíciles) para falsificar un talento, y la práctica del periodismo puede inclinar a un hombre a no exigirse demasiado. Este, pues, es uno de los peligros. No son menores los peligros del otro lado. La conciencia de hasta qué punto el artista es (y debe ser) juez de sí mismo, corrompe los cerebros mediocres. Sensible a méritos recónditos de difícil consecución, formulando o asimilando fórmulas artísticas, o enamorándose tal vez de alguna habilidad particular, muchos artistas olvidan el propósito de todo arte: agradar. Es sin duda tentador renegar del burgués ignorante, sin embargo, no debe olvidarse que es él quien nos paga, y (es evidente) por servicios que desea ver realizados. También aquí, si se lo considera apropiadamente, se plantea un aspecto de trascendental honestidad. Dar al público lo que no quiere, y no obstante esperar sus aplausos; nos hallamos pues ante una extraña pretensión, y no demasiado rara, sobre todo entre los pintores. El primer deber de un hombre en este mundo es ser capaz de mantenerse. Cuando ya esto se ha logrado, tiene derecho a hundirse en las excentricidades que desee: pero, debe enfatizarse, no antes. Hasta entonces debe cortejar al burgués que lleva la bolsa; y si en el curso de tales capitulaciones el artista falsifica su talento, es evidente que no se trataba de uno fuerte, pues ha perseverado en él algo más fuerte que el talento, el carácter. Y si su mente es tan independiente que no puede doblegarse ante esta necesidad, aún tiene otra salida: puede desistir del arte y seguir un estilo de vida más viril.

Al hablar de un modo de vida más viril, llego a un punto en el que debo ser más franco. Vivir a expensas de un placer no es una vocación muy alta; aunque de forma velada, implica un patronazgo, sitúa al artista (no importa lo ambicioso que sea) en igual rango que las bailarinas y los jugadores de billar. Los franceses entienden la evasión romántica como una ocupación, y llaman a quienes la practican "Hijas de la Alegría". El artista pertenece a esta familia, él es el Hijo de la Alegría; ha escogido su oficio para deleitarse, gana su sustento divirtiendo a otros, se ha desprendido de algo que constituye la más severa dignidad del hombre. Los periódicos hace poco denigraban el título nobiliario de Tennyson; y este Hijo de la Alegría fue acusado de condescender y seguir el ejemplo de Lord Lawrence, Lord Cairns y Lord Clyde. La inspiración del poeta fue mejor; con mayor modestia aceptó el honor; y los anónimos periodistas (si he de creerles) no han tenido en cuenta el ultraje a su profesión. Cuando les llegue su turno, estos caballeros podrán ha-

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Juego de niños*, por Robert Louis Stevenson. Se reproduce aquí por gentileza de Ed

Por Robert Louis Stevenson

carta a un joven

que se propone abrazar la carrera de arte

Con la seductora franqueza de la juventud me plantea un asunto de alguna importancia para usted y (cabe pensarlo) de cierta trascendencia para la humanidad: ¿Ha de convertirse o no en artista? Es algo que usted debe decidir por sí mismo; todo lo que puedo hacer es llamar su atención sobre algunos aspectos que debe tener en cuenta; comenzaré, pues (y es probable que igual termine), asegurándole que todo depende de la vocación.

Saber lo que se quiere es el comienzo de la sabiduría y de la madurez. La juventud es absolutamente experimental. La esencia y el encanto de esa inquieta y deliciosa época es la ignorancia de uno mismo y de la vida. Estas dos incógnitas las aúna el joven una y otra vez, ya en el abrazo amargo, ya en el roce ligero; con un placer exquisito o con un dolor agudo; jamás con indiferencia (la cual le es absolutamente ajena), ni con ese sentimiento hermano de la indiferencia, la aceptación. Si se trata de un joven sensible o de uno fácilmente excitable, el interés de los experimentos excederá con mucho los placeres que de ellos pueda derivar. Aunque pueda creerlo, no es la verdad la que ama, ni el placer lo que busca; su propósito y recompensa será verificar su propia existencia y saborear la variedad del destino humano. Para él, antes de que la cuchilla de la curiosidad se adormezca, todo lo que no es vida y búsqueda apremiante de experiencias ofrece una imagen árida que difícilmente evocará en épocas posteriores, y en caso de que hubiese alguna excepción –y el destino juega aquí su papel– se tratará de aquellos momentos en que, cansado o estragado de la actividad primaria de los sentidos, revive en la memoria la imagen de las penas y los placeres pasados. De esta suerte, se aparta de las profesiones rutinarias y se inclina insensiblemente hacia la carrera del arte que consiste solamente en saborear y recordar la experiencia.

Esto, que no es tanto vocación por el arte cuanto impaciencia hacia las otras profesiones honradas, frecuentemente se presenta aislado; y siendo así, se va borrando sin asperezas en el curso de los años. Enfáticamente no debe considerársela como una vocación, pues no es una vocación, sólo una tentación, y cuando, hace días, desaprobó su padre, en forma tan violenta y (en mi opinión) con tanta razón su ambición, no es demasiado improbable que estuviera recordando un pasaje similar de su propia experiencia. Pues la tentación es tan común como rara la vocación. Además, tenemos vocaciones imperfectas. Tenemos hombres cuyas mentes están ligadas, no tanto a un arte en particular, como al *ars artium*, base común de toda labor creativa; hombres que ahora se entregan a la pintura, luego al contrapunto y que pronto se ocuparán en escribir un soneto; todo lo cual realizan con igual interés y a menudo con genuino conocimiento; y de estos temperamentos, cuando sobresalen, me resulta difícil hablar. A alguien así le aconsejaría dedicarse a las letras, pues en literatura (cuya red es tan vasta) toda

> **"La conciencia de hasta qué punto el artista es (y debe ser) juez de sí mismo, corrompe los cerebros mediocres"**

esta información puede hacerse útil, y si continúa en forma semejante a como ha comenzado, y se convierte al cabo en crítico, estará ya en posesión de las herramientas necesarias. Llegamos, por último, a las vocaciones que son a la vez decisivas y precisas; al hombre que lleva en las venas el amor por los pigmentos, la pasión por el dibujo, el talento para la música o el impulso de crear mediante palabras, de igual modo que otros (o acaso los mismos), nacen con el amor por la caza, el mar, los caballos o el torno. Estos son los predestinados; si un hombre ama su oficio, independientemente de cualquier consideración respecto de la fama o el éxito, los dioses lo han escogido. Puede poseer también una vocación más general; sentir gusto por todas las artes, y creo que a menudo así sucede; pero la marca de su llamado se halla en esa laboriosa parcialidad por una de ellas, en el inextinguible entusiasmo por los logros técnicos, y (quizás esto sea lo más importante) en la candorosa actitud con que acomete su insignificante empresa con una gravedad que envidiaría quien cuidara de un imperio, y en el considerar valiosos el tiempo y la diligencia invertidos para alcanzar las menores destrezas. El libro, la estatua, la sonata deben realizarse con la insensata buena fe y el incansable espíritu de los niños que juegan. ¿Merece la pena? Cuando el artista se hace esta pregunta, la respuesta negativa está implícita en ella. No le sucede así al niño que juega a ser un pirata en el sofá de la sala, ni al cazador que persigue su presa; y el candor del uno y el ardor del otro deben fundirse en el corazón del artista.

Si reconoce en usted algunas de estas decisivas inclinaciones, no hay lugar a la vacilación: sométase a ellas; y observe (pues no deseo desalentarlo demasiado) que la disposición normalmente no se presenta tan clara al comienzo, o al menos no de modo constante. El hábito y la práctica afilan el talento; la necesidad de adquirir herramientas se hace menos desagradable, y llega incluso con el paso de los años a ser bienvenida; una inclinación moderada (si es genuina) se convierte en una pasión exclusiva. Por ahora será suficiente si al volver la vista en un intervalo razonable de tiempo, ve que el arte escogido significa ahora un poco más de lo que significara entre los multitudinarios intereses de la juventud. Con un poco de devoción, el tiempo hará el resto; pronto, cada pensamiento engrosará la ocupación amada.

Pero aun con devoción, usted me recordará, aun con perseverancia en la actividad, miles de artistas consumen su vida, si consideramos los resultados totalmente en vano: miles de artistas y ni siquiera una obra de arte. Tenga en cuenta que la vasta masa de la humanidad es incapaz de hacer algo relativamente bien, y entre otras cosas, arte. El artista inútil seguramente no sería un panadero completamente incompetente; y el artista, incluso si no divierte al público, se divierte a sí mismo; de modo que siempre habrá un hombre que es ahora más feliz gracias a sus vigilias. Este es el lado práctico del arte: la inexpugnable fortaleza para el ejercitante sincero. Las retribuciones directas (los salarios del oficio) son exiguas, pero las indirectas (los salarios de la vida) son incalculables. Ningún otro oficio ofrece al hombre su pan de cada día en términos tan espléndidos. El soldado y el explorador tienen momentos de mayor excitación, pero a costa de duras penalidades y de períodos de tedio que hacen enmudecer. En la vida del artista no tiene por qué haber horas en las que no se experimente su deleite. Tomo por ejemplo al autor con cuya carrera estoy más familiarizado: es cierto que trabaja con un material rebelde, y que el arte de la escritura pone a prueba los ojos y el temperamento; pero obsérvese en su estudio, cuando los temas bullen en su mente y las palabras no escasean: ¡En qué continua serie de pequeños éxitos pasa su tiempo! ¡Con qué sentimiento de poder (como si de mover montañas se tratara) agrupa a sus personajes menores! ¡Con qué placer, tanto de la vista como del oído, ve crecer la etérea construcción sobre la página! ¡Y cómo trabaja en un oficio hacia el cual la materia misma de su vida es tributaria, un oficio que abre puertas a todos sus gustos, sus amores, sus odios, sus convicciones, de modo que lo que escribe es sólo lo que ansiaba expresar! Es posible que haya gozado con muchas cosas en este enorme y trágico escenario del mundo; ¿pero, qué habrá gozado más plenamente que una mañana de trabajo exitoso? Supongamos que está pésimamente remunerado, lo que asombra es que se lo remunere. Otros hombres pagan, y con largueza, por placeres menos deseables.

Pero el ejercicio del arte no sólo reporta placer. Trae consigo, además, una admirable disciplina; pues el trabajo del artista se basa en el honor. El público sabe poco o ignora completamente esos méritos en busca de los cuales usted está condenado a invertir la mayor parte de sus esfuerzos. Méritos de concepción, de vigor, o un cierto logro fácil que un hombre de temperamento artístico alcanza fácilmente, son los que el público reconoce y valora. Pero hacia aquellos más exquisitos refinamientos de destreza y matiz que el artista tan ardientemente desea y tan agudamente siente, por los que (en las vigorosas palabras de Balzac) lucha como un minero sepultado en un derrumbe, por los que, día tras día, recompone, revisa y rechaza, la gran masa del público está completamente ciega. A estas penalidades ignoradas, en el caso de que se logren las más altas cimas, probablemente la posterioridad hará justicia. A la sombra de este pensamiento, helado, solo en su estudio, el artista debe día tras día ser fiel a su ideal. Es ésta la fidelidad que ennoblece su vida; es debido a ella que templa y madura su carácter; gracias a ella que la adusta presencia del gran emperador se tornó (siquiera por un momento) condescendiente hacia los seguidores de Apolo y aquella voz enérgica pidió al artista que festejara su arte.

Llegados a este punto, conviene hacer dos advertencias. Primera, si usted desea continuar siendo su propio juez, debe estar atento a las primeras señales de pereza. Este idealismo, esta honestidad sólo puede sustentarse mediante un esfuerzo perpetuo; el nivel de exigencia se rebaja con facilidad: el artista que dice "así está bien", ya está en el sendero erróneo. Tres o cuatro éxitos mediocres son suficientes a veces (sobre todo en épocas difíciles) para falsificar un talento, y la práctica del periodismo puede inclinar a un hombre a no exigirse demasiado. Este, pues, es uno de los peligros. No son menores los peligros del otro lado. La conciencia de hasta qué punto el artista es (y debe ser) juez de sí mismo, corrompe los cerebros mediocres. Sensible a méritos recónditos de difícil consecución, formulando o asimilando fórmulas artísticas, o enamorándose tal vez de alguna habilidad particular, muchos artistas olvidan el propósito de todo arte: agradar. Es sin duda tentador renegar del burgués ignorante, sin embargo, no debe olvidarse que es él quien nos paga, y (es evidente) por servicios que desea ver realizados. También aquí, si se lo considera apropiadamente, se plantea un aspecto de trascendental honestidad. Dar al público lo que no quiere, y no obstante esperar sus aplausos; nos hallamos pues ante una extraña pretensión, y no demasiado rara, sobre todo entre los pintores. El primer deber de un hombre en este mundo es ser capaz de mantenerse. Cuando ya esto se ha logrado, tiene derecho a hundirse en las excentricidades que desee: pero, debe enfatizarse, no antes. Hasta entonces debe cortejar al burgués que lleva la bolsa; y si en el curso de tales capitulaciones el artista falsifica su talento, es evidente que no se trataba de uno fuerte, pues ha perseverado en él algo más fuerte que el talento, el carácter. Y si su mente es tan independiente que no puede doblegarse ante esta necesidad, aún tiene otra salida: puede desistir del arte y seguir un estilo de vida más viril.

Al hablar de un modo de vida más viril, llego a un punto en el que debo ser más franco. Vivir a expensas de un placer no es una vocación muy alta; aunque de forma velada, implica un patronazgo, sitúa al artista (no importa lo ambicioso que sea) en igual rango que las bailarinas y los jugadores de billar. Los franceses entienden la evasión romántica como unaocupación, y llaman a quienes la practican "Hijas de la Alegría". El artista pertenece a esta familia, él es el Hijo de la Alegría; ha escogido su oficio para deleitarse, gana su sustento divirtiendo a otros, se ha desprendido de algo que constituye la más severa dignidad del hombre. Los periódicos hace poco denigraban el título nobiliario de Tennyson; y este Hijo de la Alegría fue acusado de condescender y seguir el ejemplo de Lord Lawrence, Lord Cairns y Lord Clyde. La inspiración del poeta fue mejor; con mayor modestia aceptó el honor; y los anónimos periodistas (si he de creerles) no han tenido en cuenta el ultraje a su profesión. Cuando les llegue su turno, estos caballeros podrán hacerse mayor justicia a sí mismos; me alegraré al saberlo, pues a mis bárbaros ojos incluso Lord Tennyson aparece un poco fuera de lugar en semejante asamblea. No debería haber honores para el artista. El tiene ya su recompensa en el ejercicio de su arte, mayor por lo demás de la que en vida le corresponde; antes que el arte, otros oficios, menos agradables y quizá más útiles, tienen mayor derecho a los honores.



El joven Stevenson en su breve pasaje como actor estudiantil en Edimburgo.

Pero la maldición de este oficio de agradar es el fracaso. En ocupaciones ordinarias, un hombre se ofrece para hacer algo, producir cierto artículo de un modo convencional, en fin, un proyecto en el que (casi podemos afirmarlo) es difícil fracasar. El artista en cambio se aparta de la multitud y se propone deleitar, proyecto imprudente, pues el fracaso estará rodeado siempre de odiosas circunstancias. La infeliz Hija de la Alegría, que pasea sus galas y su sonrisa, y que sin embargo pasa desapercibida entre la multitud, presenta una imagen que no podemos evocar sin un sentimiento de lacerante compasión. Ella es el prototipo del artista fracasado. Igual que ella, el actor, el bailarín, el cantante deben mostrarse en público y apurar personalmente la copa del fracaso. Y aunque todos los demás escapemos a la suprema amargura de la picota, en esencia todos cortejamos igual humillación. Todos nos comprometemos a ser capaces de continuar agradando. Pero a cada cual, incluso al más admirado, le llega el día en que el ardor decline y la astucia se pierda, y en que, avergonzado, se siente ante la barraca vacía. Entonces se verá obligado a hacer algún trabajo, y se sonrojará al cobrarlo. Entonces (como si su pérdida no fuera ya suficientemente cruel) deberá exponerse a las burlas de los comentadores de prensa, que ganan su amargo pan execrando la basura que no han leído, y alabando las excelencias de lo que no pueden entender.

> **"El artista en cambio se aparta de la multitud y se propone deleitar, proyecto imprudente, pues el fracaso estará rodeado siempre de odiosas circunstancias."**

Adviértase que éste parece ser el fin inevitable de los escritores. *Les blancs et les bleus* (por ejemplo) reúne méritos de orden muy diferente de los de *Le Vicomte de Bragelonne*; y si existe algún caballero que sea capaz de espiar la desnudez de Castle Dangerous, su nombre, me parece, es Ham: no sin derramar lágrimas, nos basta leer sobre ello en las páginas de Lockhart. Así, en la vejez, cuando el bienestar y el oficio son más necesarios, el escritor debe abandonar a la vez su pasatiempo y su medio de vida. Sin duda el pintor que ha logrado retener la atención del público, gana grandes sumas y puede permanecer junto a su caballete hasta una edad avanzada sin que fracase de modo muy ignominioso. El escritor tiene el doble infortunio de estar mal pagado mientras puede trabajar, y de no poder trabajar cuando envejece. Se trata, pues, de un estilo de vida que conduce directamente a una situación falsa.

Pero el escritor (pese a los notorios ejemplos en sentido contrario) debe procurar estar mal pagado. Tennyson y Montépin ganaron salarios espléndidos; pero todos no podemos esperar ser Tennyson, y tal vez no todos deseamos ser Montépin. Si usted decide que su oficio sea un arte, renuncie a cualquier ambición económica. Todo lo más que puede honestamente esperar, si posee mucho talento y disciplina, es tener iguales ingresos que un oficinista que invierte la décima o la vigésima parte de su energía nerviosa. No tiene usted derecho a exigir más: en los salarios de la vida, no en los del oficio, está su recompensa. El trabajo es aquí el salario. Es claro que no me inspiran simpatía los vulgares lamentos de los artistas. Tal vez no han reparado en lo que obtiene de la aparcería un trabajador del campo; ¿piensan que no puede establecerse un paralelo? Tal vez jamás han reparado en lo que constituye la pensión de un oficial de campo. ¿Suponen que su contribución al arte de agradar es más importante que la contribución de un coronel? Acaso olvidan lo poco con lo que Millet se contentó. ¿O piensan que por poseer menos talento están eximidos de mostrar iguales virtudes? Sobre un punto es claro que no puede existir duda: si un hombre no es frugal nada tiene que hacer en el campo del arte. Si no es frugal, sus pasos lo conducirán hacia el trágico final del *Vieux Saltimbanque*; si no es frugal, le resultará muy difícil continuar siendo honesto. Algún día, cuando el carnicero toque a su puerta, estará tentado, o tal vez se vea obligado, a vender una obra desaliñada. Si esta necesidad no ha surgido de su propia desidia, no hay por qué condenarlo; pues no hay palabras con las cuales expresar hasta qué punto es más necesario para un hombre mantener a su familia que conseguir (o preservar) alguna distinción en el arte. Pero si esta presión es debida a sus propias faltas, roba, roba a quien puso confianza en él, roba (lo que es peor) de forma tal que ninguna ley puede castigarlo.

Y ahora tal vez usted me pregunte: si el artista principiante no debe pensar en dinero, y si (como se infiere) no debe esperar honores del Estado, ¿puede al menos esperar las delicias de la popularidad? La alabanza, me dirá, es un plato codiciable. Si de lo que usted habla es de la acogida de los otros artistas, ha puesto usted el dedo en uno de los más esenciales y duraderos placeres de la carrera del arte. Pero si tiene su vista puesta en los favores del público o en las reseñas de los periódicos, esté seguro de que acaricia un sueño. Es cierto que en algunos periódicos esotéricos el autor (por ejemplo) es regularmente criticado, y que a menudo se lo alaba mucho más de lo que merece, a veces por damas y caballeros que se han negado el privilegio de leer sus trabajos. Pero si un hombre es sensible a estas alabanzas desproporcionadas, debemos suponerlo igualmente sensible a aquello que a menudo las acompaña e inevitablemente las sigue: el ridículo. Un hombre puede haber triunfado durante años, y continuar triunfando, pero los críticos pueden cansarse de alabarlo, o puede haber surgido un nuevo ídolo del instante, alguna "figura de relumbrón", a quien ahora prefieren ofrecer sacrificio. He aquí el anverso y el reverso de esta vacía y fea cosa llamada popularidad. ¿Creerá algún hombre que vale la pena merecerla?

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Juego de niños*, por Robert Louis Stevenson. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Norma.

joven
carrera de arte

> **"El artista en cambio se aparta de la multitud y se propone deleitar, proyecto imprudente, pues el fracaso estará rodeado siempre de odiosas circunstancias."**

El joven Stevenson en su breve pasaje como actor estudiantil en Edimburgo.

cerse mayor justicia a sí mismos; me alegraré al saberlo, pues a mis bárbaros ojos incluso Lord Tennyson aparece un poco fuera de lugar en semejante asamblea. No debería haber honores para el artista. El tiene ya su recompensa en el ejercicio de su arte, mayor por lo demás de la que en vida le corresponde; antes que el arte, otros oficios, menos agradables y quizá más útiles, tienen mayor derecho a los honores.

Pero la maldición de este oficio de agradar es el fracaso. En ocupaciones ordinarias, un hombre se ofrece para hacer algo, producir cierto artículo de un modo convencional, en fin, un proyecto en el que (casi podemos afirmarlo) es difícil fracasar. El artista en cambio se aparta de la multitud y se propone deleitar, proyecto imprudente, pues el fracaso estará rodeado siempre de odiosas circunstancias. La infeliz Hija de la Alegría, que pasea sus galas y su sonrisa, y que sin embargo pasa desapercibida entre la multitud, presenta una imagen que no podemos evocar sin un sentimiento de lacerante compasión. Ella es el prototipo del artista fracasado. Igual que ella, el actor, el bailarín, el cantante deben mostrarse en público y apurar personalmente la copa del fracaso. Y aunque todos los demás escapemos a la suprema amargura de la picota, en esencia todos cortejamos igual humillación. Todos nos comprometemos a ser capaces de continuar agradando. Pero a cada cual, incluso al más admirado, le llega el día en que el ardor decline y la astucia se pierda, y en que, avergonzado, se siente ante la barraca vacía. Entonces se verá obligado a hacer algún trabajo, y se sonrojará al cobrarlo. Entonces (como si su pérdida no fuera ya suficientemente cruel) deberá exponerse a las burlas de los comentadores de prensa, que ganan su amargo pan execrando la basura que no han leído, y alabando las excelencias de lo que no pueden entender.

Adviértase que éste parece ser el fin inevitable de los escritores. *Les blancs et les bleus* (por ejemplo) reúne méritos de orden muy diferente de los de *Le Vicomte de Bragelonne*; y si existe algún caballero que sea capaz de espiar la desnudez de Castle Dangerous, su nombre, me parece, es Ham: no sin derramar lágrimas, nos basta leer sobre ello en las páginas de Lockhart. Así, en la vejez, cuando el bienestar y el oficio son más necesarios, el escritor debe abandonar a la vez su pasatiempo y su medio de vida. Sin duda el pintor que ha logrado retener la atención del público, gana grandes sumas y puede permanecer junto a su caballete hasta una edad avanzada sin que fracase de modo muy ignominioso. El escritor tiene el doble infortunio de estar mal pagado mientras puede trabajar, y de no poder trabajar cuando envejece. Se trata, pues, de un estilo de vida que conduce directamente a una situación falsa.

Pero el escritor (pese a los notorios ejemplos en sentido contrario) debe procurar estar mal pagado. Tennyson y Montépin ganaron salarios espléndidos; pero todos no podemos esperar ser Tennyson, y tal vez no todos deseamos ser Montépin. Si usted decide que su oficio sea un arte, renuncie a cualquier ambición económica. Todo lo más que puede honestamente esperar, si posee mucho talento y disciplina, es tener iguales ingresos que un oficinista que invierte la décima o la vigésima parte de su energía nerviosa. No tiene usted derecho a exigir más: en los salarios de la vida, no en los del oficio, está su recompensa. El trabajo es aquí el salario. Es claro que no me inspiran simpatía los vulgares lamentos de los artistas. Tal vez no han reparado en lo que obtiene de la aparcería un trabajador del campo; ¿piensan que no puede establecerse un paralelo? Tal vez jamás han reparado en lo que constituye la pensión de un oficial de campo. ¿Suponen que su contribución al arte de agradar es más importante que la contribución de un coronel? Acaso olvidan lo poco con lo que Millet se contentó. ¿O piensan que por poseer menos talento están eximidos de mostrar iguales virtudes? Sobre un punto es claro que no puede existir duda: si un hombre no es frugal nada tiene que hacer en el campo del arte. Si no es frugal, sus pasos lo conducirán hacia el trágico final del *Vieux Saltimbanque*; si no es frugal, le resultará muy difícil continuar siendo honesto. Algún día, cuando el carnicero toque a su puerta, estará tentado, o tal vez se vea obligado, a vender una obra desaliñada. Si esta necesidad no ha surgido de su propia desidia, no hay por qué condenarlo; pues no hay palabras con las cuales expresar hasta qué punto es más necesario para un hombre mantener a su familia que conseguir (o preservar) alguna distinción en el arte. Pero si esta presión es debida a sus propias faltas, roba, roba a quien puso confianza en él, roba (lo que es peor) de forma tal que ninguna ley puede castigarlo.

Y ahora tal vez usted me pregunte: si el artista principiante no debe pensar en dinero, y si (como se infiere) no debe esperar honores del Estado, ¿puede al menos esperar las delicias de la popularidad? La alabanza, me dirá, es un plato codiciable. Si de lo que usted habla es de la acogida de los otros artistas, ha puesto usted el dedo en uno de los más esenciales y duraderos placeres de la carrera del arte. Pero si tiene su vista puesta en los favores del público o en las reseñas de los periódicos, esté seguro de que acaricia un sueño. Es cierto que en algunos periódicos esotéricos el autor (por ejemplo) es regularmente criticado, y que a menudo se lo alaba mucho más de lo que merece, a veces por damas y caballeros que se han negado el privilegio de leer sus trabajos. Pero si un hombre es sensible a estas alabanzas desproporcionadas, debemos suponerlo igualmente sensible a aquello que a menudo las acompaña e inevitablemente las sigue: el ridículo. Un hombre puede haber triunfado durante años, y continuar triunfando, pero los críticos pueden cansarse de alabarlo, o puede haber surgido un nuevo ídolo del instante, alguna "figura de relumbrón", a quien ahora prefieren ofrecer sacrificio. He aquí el anverso y el reverso de esta vacía y fea cosa llamada popularidad. ¿Creerá algún hombre que vale la pena merecerla? ■

torial Norma.

PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A

L E G A L	1
P O L C A	1
T I N T A	2
B A N C O	2
L I B R E	3

B

C R U D O	0
C E R C A	2
F R U T A	2
C I N C O	3
F I N A L	3

C

C R E A R	1
A Y U N O	1
F L O J O	2
E Q U I S	2
B A T I R	2

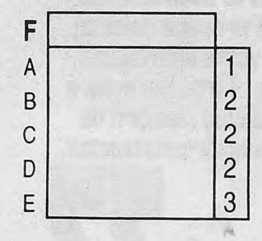
D

B A L O N	1
C L A S E	1
P L A Z A	2
E R I Z O	3
B R U J O	3

E

T R O N O	2
C L A S E	2
L I A N A	3
P L A T O	3
L L A V E	3

F



INDOMINO

Con las 28 fichas de un juego completo de dominó hicimos los tableros A y B. Los valores de las fichas se escribieron con números en vez de hacerlo con los clásicos puntitos, y faltan casi todas las líneas de separación entre fichas. Deduzca, para cada tablero, dónde está cada una de las 28 fichas. A medida que las vaya determinando, táchelas de la lista que acompaña a cada tablero. (El juego se resuelve por búsqueda sistemática y atajos sagaces. Si, por ejemplo, 3 y 5 son vecinos en un único sitio del tablero, allí tendrá determinada la ficha 3-5. Si hay varias colocaciones posibles para una ficha, su determinación se hará como consecuencia de otros hallazgos.)

A

1	2	2	1	0	0	2
1	0	6	0	2	5	4
5	4	3	6	1	6	5
5	3	3	3	0	4	3
1	4	3	1	2	4	6
0	5	1	4	5	3	4
2	6	6	0	6	1	3
5	4	2	6	5	0	2

0 0
0 1 | 1 1
0 2 | 1 2 | 2 2
0 3 | 1 3 | 2 3 | 3 3
0 4 | 1 4 | 2 4 | 3 4 | 4 4
0 5 | 1 5 | 2 5 | 3 5 | ~~4 5~~ | 5 5
0 6 | 1 6 | 2 6 | 3 6 | ~~4 6~~ | 5 6 | 6 6

B

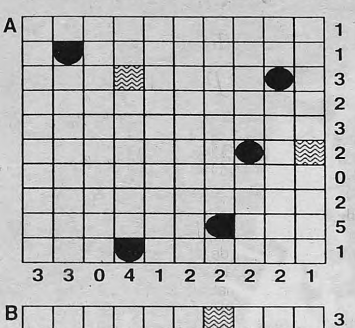
1	0	5	2	6	4	5
5	2	1	2	1	2	0
1	4	4	0	3	4	6
6	2	0	6	5	0	1
5	0	3	2	3	0	2
5	6	4	4	1	3	0
3	1	2	3	1	3	4
6	5	3	4	6	6	5

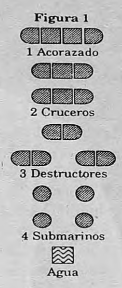
0 0
0 1 | 1 1
0 2 | 1 2 | 2 2
0 3 | 1 3 | 2 3 | 3 3
0 4 | 1 4 | 2 4 | 3 4 | 4 4
0 5 | 1 5 | 2 5 | 3 5 | ~~4 5~~ | 5 5
0 6 | 1 6 | 2 6 | 3 6 | ~~4 6~~ | 5 6 | 6 6

BATALLA NAVAL

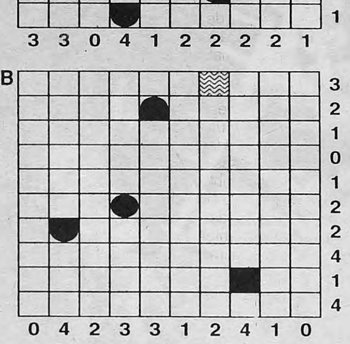
En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua.

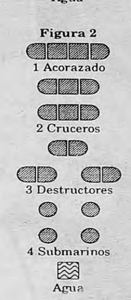
A



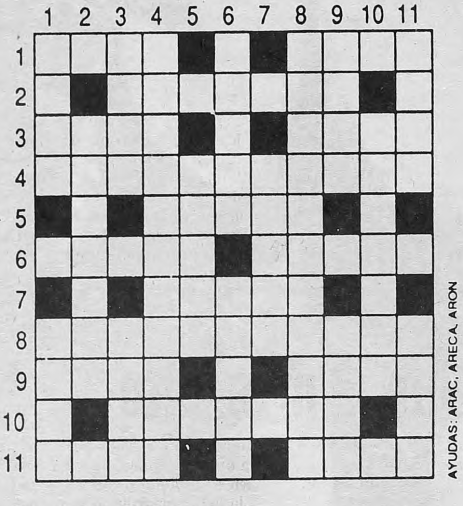


B





CRUCIGRAMA



AYUDAS: ARAC, ARECA, ARON

HORIZONTALES

1. Del color de la sangre (fem.)./ Fondeadero.
2. Consentir, condescender.
3. Primera porción del tubo digestivo./ Remar hacia atrás.
4. Que tiene cualidad de caramelo.
5. Derribe, derrote.
6. Especie de palma de Filipinas./ Ciudad de Italia.
7. Relativa al oído.
8. Que analiza (fem.).
9. Extraña, poco común./ Río de Alemania y Polonia.
10. Amará con extremo.
11. Fundador del imperio persa./ Cocinan a las brasas.

VERTICALES

1. Ribazo, ribera./ Licor de Oriente.
2. Instrumento músico de viento.
3. Caballo de poca alzada./ Labrar.
4. De forma de caracol.
5. Derroté.
6. Conjunto de quinientos pliegos de papel./ Subirá algo tirando de una cuerda.
7. Moral.
8. Que reclama (fem.).
9. Composición musical para una sola voz./ Composición lírica (pl.).
10. Tributaré elogios inmerecidos.
11. Prefijo: aire./ Planta aroidea.

Soluciones del número anterior

CUBILETE

5	2	5	5	2
6	4	4	2	4
4	5	2	1	3
6	1	5	4	3
6	6	5	3	3

CRUCIGRAMA CON PISTAS

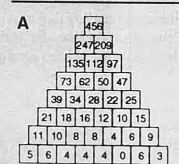
R	E	P	A	R	A
E	X	A	M	E	N
M	I	T	I	C	O
A	L	E	R	O	N
R	I	A	■	D	A
■	O	R	I	O	L

NUMERO OCULTO

A. 9162
B. 8425
C. 9245
D. 8016

PIRAMIDES NUMERICAS

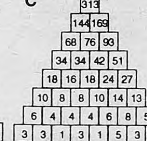
A



B



C



D

